



Europa Unida para un Mundo Unido

Chiara Lubich – “Jornada, Juntos por Europa” – Stuttgart, Alemania
09 / 05 / 2004

Durante esta jornada hemos hablado de Europa, en particular de Europa del espíritu.

Hemos visto cuál puede ser nuestra contribución, a través de los Movimientos y de las Comunidades espirituales y carismáticas, para que ese proyecto pueda hacerse realidad.

Ahora cabe una pregunta: con todo lo que ha surgido hasta ahora, ¿hemos agotado las propuestas, las ideas que pensábamos que debían surgir de la jornada de Stuttgart? ¿O todavía falta algo, un toque final?

Para los fundadores y padres de la Europa unida, Europa no era el fin último de su esfuerzo de unión. De hecho, la “*Declaración Schuman*” afirma: “*Europa podrá, con mayores medios, proseguir la realización de una de sus tareas esenciales: el desarrollo del continente africano*”¹.

Según su visión, Europa es una familia de pueblos hermanos, pero abierta a una misión universal. Europa quiere la propia unidad también para contribuir a la unidad de la familia humana.

La unidad de la familia humana...

Proponerse la unidad de la familia humana: ¿no podríamos pensar que es una utopía?

Yo diría que no, porque los signos de los tiempos piden que nos orientemos al mundo unido.

En efecto, la unión de los Estados en varias partes del mundo ya es una realidad, es la confirmación de una exigencia impostergable.

Las relaciones entre los estados se están consolidando en todos los continentes, por ejemplo con la reciente “Unión africana”, o las “Conferencias ibero-americanas”, u otras.

Por eso, querer una Europa unida para llegar al mundo unido puede ser el toque final de nuestras consideraciones aquí, en Stuttgart.

A este punto se impone una pregunta: para estar al paso de los tiempos y de Dios y sus planes con respecto a Europa y al mundo, ¿cómo debemos comportarnos?

Ya lo hemos anunciado pero es útil repetírnoslo: traducir inmediatamente en vida la idea-fuerza de la fraternidad universal, poniendo en práctica el “Arte de amar”, del que hemos hablado.

Algunos vivirán este arte como simples ciudadanos, otros en cambio, como políticos a distintos niveles.

¹ Robert Schuman, Ministro del Exterior de Francia, *Declaración en la Sala del Reloj de París*, 9 de mayo de 1950



Movimiento Políticos por la Unidad

Por lo que se refiere a los políticos, debemos tener presente que los Movimientos carismáticos, no obstante ser primariamente religiosos, en general prestan una atención especial al mundo político. Para darles un ejemplo menciono el "Movimiento político por la unidad" que tiene sus raíces en el Movimiento de los Focolares.

Los políticos que lo componen (que están presentes en muchas naciones europeas y en el resto del mundo) no fundan un nuevo partido, sino que son portadores de una cultura y una praxis políticas nuevas.

Contribuyen a que se cambie el método de la política. Permanecen fieles a los propios, auténticos ideales, pero no aman solamente a los políticos de su partido sino también a todos los demás. Y lo hacen en los Consejos comunales, en los diversos grupos de iniciativa cívica y política, en los parlamentos regionales y nacionales.

La unidad así vivida es llevada como levadura entre los mismos partidos, en las instituciones, en todos los ámbitos de la vida pública, en las relaciones entre los Estados.

La finalidad de estos políticos es vivir siempre en la fraternidad, y poniéndola como base, abrirse a los valores profundos, eternos del hombre; y sólo después llevar adelante la acción política.

Para estos políticos la elección de trabajar en política es un acto de amor, con el cual responden a un llamado personal. Quieren ir al encuentro de una necesidad social, de un problema de su ciudad, de los sufrimientos de su pueblo, de las exigencias de su época.

Quien es creyente advierte que es Dios quien lo llama; el no creyente responde a una necesidad humana que encuentra eco en su conciencia. Pero siempre es el amor lo que los impulsa a trabajar.

Estos políticos toman conciencia de que la política es servicio, amor desde su raíz; por eso comprenden que también el otro, el adversario político, puede haber hecho su elección por amor. Y esto le exige que lo respete.

Es más, el político de la unidad desea fervientemente que también su adversario pueda realizar todo lo bueno de que es portador; designio que, si responde a una necesidad verdadera, es parte integrante de ese bien común que solamente juntos pueden construir.

El político de la unidad no se contenta con amar individualmente, sino que trata de que el otro, sea aliado o adversario, también ame, porque la política es relación, es proyecto común.

Una ulterior expresión de la fraternidad en política es amar *la patria de los demás como la propia*; la dignidad más alta para la humanidad sería la de no sentirse un conjunto de pueblos a menudo en lucha entre ellos, sino, por el amor mutuo, un único pueblo enriquecido por la diversidad de cada uno, y por eso mismo, en la unidad, garante de las diferentes identidades.



Sin duda todos estos aspectos del amor político que realizan la fraternidad requieren sacrificio.

Por eso, saber llevar la propia cruz es la condición indispensable para estos políticos.

Porque el político, entre otras cosas, es quien abraza las divisiones, las rupturas, las heridas de su propia gente. Éste es el precio de la fraternidad que se le pide: un precio altísimo, como también es altísimo el premio. La fidelidad puesta a prueba hará de él un modelo, un punto de referencia para sus conciudadanos, el orgullo de su gente.

Entonces será una buena y útil conclusión para la Jornada de Stuttgart “*Juntos por Europa*”, que todos nosotros, políticos o ciudadanos, nos propongamos seriamente empezar a poner en práctica, con la fe de niños evangélicos, la fraternidad universal en Europa con vistas al mundo unido.

Sí: con vistas al mundo unido.

Juan Pablo II en el *Mensaje con ocasión del 50º aniversario del final en Europa de la Segunda Guerra Mundial* (1995) dirigiéndose a los jóvenes escribió: “*A ustedes se les confía la misión de abrir nuevos caminos de fraternidad entre los pueblos, para construir una única familia humana (...) Que resuene en la conciencia de todos esta invitación: ¡Ama a los otros pueblos como al tuyo!*”.

Señoras y señores, hermanos y hermanas, miembros de los distintos Movimientos y grupos.

Un político amigo, que a lo mejor está aquí presente, hizo recientemente una consideración sobre esta Jornada, y nos gustaría que sus palabras fueran un signo de esperanza. Dijo: “*La realidad vital de los Movimientos, que como un magma incandescente y subterráneo recorre la vida del continente, debe perforar la costra y hacer que su orificio sea bien visible, para que la sociedad, especialmente en su aspecto político, sea sacudida y modificada. Debe generarse una especie de corto circuito que los ponga en contacto, para que la vida verdadera pueda condicionar la sociedad hasta tal punto que ya no se pueda más prescindir de ella.*

Stuttgart podría ser esta ocasión”.

¡Que el Señor permita que así sea!

Gracias por vuestra atención.

Chiara Lubich
Fundadora del Movimiento Políticos por la Unidad Internacional